

CAPITULO XXVI.

- « Vuela, ligera barquita ,
 » Por el salado elemento :
 » ¡ Dios y su madre bendita
 » Te lleven á salvamento !
 » Contigo gana su vida
 » El infeliz pescador ;
 » No te veas destruida
 » Del viento por el furor.
 » ¡ Oh ! ¡ que Dios no lo permita !
 » Vuela, ligera barquita. »

(ANTIGUA CANCION.)

Es preciso ahora que introduzcamos á nuestros lectores en el interior de la cabaña del pescador, de la que hemos hablado en el capítulo XI de esta edificante historia. Quisiéramos poder decir que estaba regularmente alhajada, y que á lo menos no carecia de orden y de una apariencia de limpieza; pero al contrario nos vemos obligados á confesar que todo era confusion y desórden, y que no se ofrecian en ella mas que objetos desagradables; sin embargo, notabase en la familia de Saunders Mucklebackit cierto aire de bienestar y de satisfaccion, que parece probar la verdad de aquel asqueroso prover-

bio : « Un cochino no engorda con agua clara. » Un gran fuego en la chimenea, por mas que estuviésemos en verano, servia tanto para iluminar el cuarto como para calentar y preparar los alimentos. Habian tenido buena pesca aquel dia; y desde el instante en que se llevó á tierra el cargamento, la familia con su imprevision acostumbrada no habia dejado de freir y cocer la porcion destinada al consumo doméstico. Platos de madera, colocados sobre la mesa, llenos de espinas, de restos de pescado, y el pan de cebada, figuraban al lado de ollas de cerveza medio vacías.

La vigorosa Maggia, de figura atlética, siempre atrafagada, haciendo mil viages por entre media docena de criaturas de ámbos sexos y de diferentes edades, y gritando siempre que alguna le estorbaba el paso : — A un lado digo, hijo de Satanás, — formaba un contraste completo con el aire pasivo y casi estúpido de la madre de su marido, que habia llegado casi al último término de la decrepitud. Sentada en su poltrona junto á la chimenea, cuyo calor parecia buscar, y que apenas daba muestras de sentir, atada la rueca á su babador y con el huso en la mano, hilaba negligentemente segun la antigua costumbre de las Escocesas, tan pronto murmurando algunas palabras que parecia dirigir á sí misma,

tan pronto riendo como una fatua con los chiquillos que la tiraban de su delantal de lienzo con cuadros azules. El menor de todos arrastrandose por el suelo á los piés de la vieja, estaba siguiendo con la vista las vueltas que daba el huso, y alargaba de cuando en cuando su manecita para ver si le podia atrapar. Hoy día se ha perfeccionado tanto el torno en Escocia, que la princesa de que hablan tanto los cuentos de encantadoras podria correr todo este reino, sin riesgo de ser herida por el instrumento cuya punzada debia serle tan fatal. Por tarde que fuese, pues las doce de la noche habian dado ya, ninguno de la familia estaba acostado aun; y lejos de pensar en esto, Maggia se ocupaba en asar á las parrillas unas tortas de harina de cebada, en tanto que la hija mayor, la sirena medio desnuda de que hemos hablado ya, preparaba una pirámide de arenques de Findhord, es decir secados al humo de leña verde, para completar la delicada cena, ó almuerzo por mejor decir.

Tal era la ocupacion de toda aquella familia cuando llamáron suavemente á la puerta, y oyóse al mismo tiempo una voz de muger que decia: — ¿Estais levantados aun? — Sí, sí, se le respondió; entrad, entrad. — Abrióse la puerta, y vióse comparecer á Jenny Rinthorout, la criada del anticuario.

— ¡Holá, holá! exclamó la dueña de la casa; ¡vm. por aquí, Jenny! mucho tiempo hace que no habíamos tenido semejante dicha.

— ¡Ay Dios mio!.... la herida del capitán Hector nos ha dado tanto que trabajar, que hace quince días que no he pasado del umbral de la puerta; pero ahora ya va mejor, gracias á Dios, y el viejo Caxon duerme en su cuarto para darle todo lo que pudiese necesitar. Cuando he visto acostados á mis amos, no he hecho mas que ponerme un *snood* en la cabeza, he dejado la puerta cerrada solamente con el picaporte, por rezelo de que alguien quisiese entrar ó salir en mi ausencia, y he corrido aquí para ver que habia de nuevo en vuestra casa.

— Sí, sí, respondió la madre Mucklebackit, observo que ha sacado vm. á lucir sus mejores atavíos; ya sé yo por quien. Pero Steenie cabalmente no está aquí esta noche, y luego no es vm. para Steenie: una muchacha tan débil como vm. no se halla en estado de poder mantener á un hombre.

— Al contrario, Steenie no es para mí, respondió Jenny meneando la cabeza con un aire que no hubiera caído mal á una dama de mas alta clase; á mí me conviene un marido que pueda mantenerme.

— Bien, hija mia, he aquí las ideas de las ciudades y del interior de los países. Pero á fé

mía, que las mugeres de los pescadores lo entienden mejor. Ellas son las dueñas del marido, de la casa y del bolsillo. ¿Está vm., hija mía?

— Sí, pero llevais una vida de perro, respondió la ninfa de tierra á la ninfa de mar; luego que la quilla de la barca toca en la arena, el holgazán del pescador ya no hace mas uso de sus brazos, y es preciso que la muger se arremangue el zagalejo, y se meta en el agua hasta mas arriba de las rodillas, para llevar á tierra el pescado. Durante este tiempo se quita el marido su vestido mojado para ponerse otro enjuto, toma su pipa y su media azumbre de aguardiente, se sienta á la lumbre como una vieja, y no hay cuidado que se dedique á ninguna especie de trabajo hasta que su barca vuelva á estar á flote. Y la pobre muger, es preciso que cargue con un cesto enorme, que corra á la ciudad con su pescado, y que grite y dispute con todos los compradores. He aquí vuestra deliciosa vida, ¡ pobres esclavas!

— ¡ Esclava! dice vm., Jenny. ¿ Esclava llama vm. á la directora de la casa? ¿ cuando ha visto vm. que Saunders desplegara los labios, ó se entrometiese en lo que tiene relacion con la familia? El lo que quiere, es comer, beber, divertirse, ni mas ni menos

que los chiquillos. Tiene demasiado juicio para atreverse á decir que alguna prenda de casa le pertenece, desde la viga del techo hasta el plato de madera del aparador. El sabe bien ¡ pobrecito! quien le alimenta y le viste, y quien lo hace todo en casa, cuando está su barca en el Frith..... No, no, Jenny; quien vende la mercancía tiene la bolsa, y quien guarda el dinero es el verdadero dueño de la casa. Indíqueme vm. uno solo de sus arrendadores que permita á su muger llevar el ganado á la plaza, y embolsar el producto.... Sí, ya baja.

— Bien, bien, Maggia, cada país tiene sus estilos. Pero ¿ por que casualidad no se halla aquí Steenie, puesto que estan las barcas en la playa? ¿ Y vuestro marido?

— He procurado que se acostase, porque estaba muy fatigado. Steenie se ha ido no sé á donde con el viejo de la alforja, Edie Ochiltree, y no tardarán seguramente en volver; sientese vm.

— No puedo estar aquí mucho tiempo, Maggia, dijo Jenny sentandose; pero es preciso que os cuente las novedades que tenemos. ¿ Habis oido hablar de una caja llena de oro, que sir Arthur ha encontrado en San Ruth? Ahora, ahora le veréis erguir la cabeza mas que nunca.

— Todo el mundo habla de esto; pero Ochiltrie supone que se exagera mucho, pues que estaba presente cuando se desenterró la caja. ¡Que siempre se entre la fortuna por la casa de los ricos! no hay peligro que un pobre tenga semejante dicha.

— Es muy cierto; ¿y sabéis también como la condesa de Glenallan ha muerto, que la entierran esta noche en San Ruth á la luz de las hachas, que concurrirán todos los papistas de las inmediaciones, incluso Ringan Aikwood, que es uno de los primeros, y que será, según dicen, la mas bonita función del mundo?

— Si no concurren mas que papistas, dijo la nayada, no será numeroso el acompañamiento; pues la vieja prostituta (1), por valerme de la espresion de nuestro buen ministro el señor Blattergowl, tiene muy pocos adoradores que liben su copa encantada en este rincón de nuestras tierras elegidas. — Pero ¿por que entierran á esa vieja condesa, muger verdaderamente muy adusta, á tal hora de la noche? Estoy segura que madre podría enterarnos de esto.

(1) *Harlot*. Ya se deja presumir que Maggia se sirve de un término menos elegante que el de prostituta para designar á Roma, alterando en esta parte la espresion del digno ministro Blattergowl.

Levantó aquí la voz, y gritó dos ó tres veces: — ¡Mamá, mamá! Pero la sibila, fuese por sordera, ó por la apatía á que la redujo la snectud, continuó haciendo bailar el huso sin contestar al apóstrofe.

— Preguntaselo á tu abuela, Jenny, dijo Maggia; en cuanto á mí, preferiria remolear la barca á media milla de distancia, teniendo contrario el viento de noroeste.

— Abuela, gritó la bella sirena con una voz áspera y desentonada que sonaba mejor á los oídos de la vieja, mamá pregunta por que entierran siempre los Glenallanes con luz en las ruinas de San Ruth.

Hizo alto la vieja cuando iba á impeler el huso, levantó una mano trémula y seca, volvió ácia el resto de la compañía un rostro arrugado y blanco que hubiera podido tomarse por el de un cadáver, sin el movimiento bastante vivo todavía de un par de ojos de un azul bajo; y como si quisiese no dejar escapar la ocasion de ponerse aun en contacto con los vivientes, respondió: — ¿Por que la familia de Glenallan entierra los muertos á la luz de las hachas? ¡pues que! ¿ha muerto alguno?

— Yo creo que todos seríamos muertos y enterrados sin que vm. lo advirtiese, dijo Maggia; y levantando su voz hasta un tono capaz de herir el tímpano de su suegra: — La vieja

condesa es la que ha muerto, le gritó al oído.

Entónces la vieja Elspeth, con una voz que indicaba una agitacion bastante rara en los caducos, y que no se hubiera aguardado de su apatía é indiferencia acostumbradas: — ¡ Con que ha sido llamada á dar cuenta á Dios, dijo por fin, despues de una larga carrera de orgullo y de poder? bien necesita toda su misericordia.

— Pero mamá preguntaba á vm., repitió la bella sirena, por que en la familia de Glenallan entierran siempre los muertos á la luz de las hachas.

— Esto es lo que han hecho siempre, respondió Elspeth, desde el tiempo del gran conde que fué muerto en la famosa batalla de Harlaw, despues de la cual se dice que se oyó el *coronach* (1), desde la embocadura del Tay hasta al Buck de Cabrah (2), en un solo dia; y en todas partes sonaban lamentos por los que habian perecido peleando contra Donaldo de las islas. Entónces la madre del gran conde vivia aun. Esas mugeres de la casa de Glenallan eran terriblemente duras y soberbias; no quiso que hubiese *coronach* para su hijo, y le mandó enterrar silenciosamente á

(1) Cántico de los difuntos.

(2) En el condado de Aberdeen.

media noche, sin que nadie libase la copa funeraria, ni hubiese las plañideras de estilo. Dijo que habia despachado á la eternidad muchos montañeses el dia de su muerte, para que el *coronach* de sus viudas y de sus hijos se confundiese con el suyo; vióle colocar en la tumba, sin derramar una lágrima ni arrojar un suspiro ni un gemido. La familia se ha hecho siempre una gloria de semejante proceder, y le ha imitado siempre, sobre todo en estos últimos tiempos, porque siendo papista celebra las ceremonias de su religion con mas libertad de noche que de dia. Cuando yo era jóven, la ley no permitia tales ejercicios, y los habitantes de Fairport se habrian opuesto á ellos; pero en el dia de hoy no se necesitan acaso tantos misterios; el mundo anda revuelto: apénas sé si soy muerta ó viva, si estoy sentada ó de pié.

Y echando una mirada á los que estaban al rededor de la chimenea, como si hubiese querido salir de dudas y de incertitud, volvió como por máquina á hacer bailar el huso.

— No sé lo que me pasa, dijo Jenny Rinthorout á Maggia, cuando oigo hablar así á vuestra madre; me parece la voz de un muerto que vuelve del otro mundo.

— Yo creo que no le falta mucho; nada de lo que pasa la altera ni la conmueve; pero

trátese de cuentos viejos, y se pone al momento á hablar como un libro. Está mas enterada que otros muchos de la familia de Glenallan, pues su marido, el padre de Saunders, fué por mucho tiempo el pescador de la casa. Vm. sabe que los papistas no pueden comer carne ciertos dias, y no es por cierto lo peor que tiene su religion, porque estaba yo segura de vender mi mejor pescado para la mesa de la condesa, ¡Dios la tenga en gloria! especialmente el viérnes. Pero note vm. el movimiento continuo de los labios de nuestra abuela. Habla consigo misma miéntras hila, y charlará ahora toda la noche si queremos, aunque á veces pase semanas enteras sin decir una palabra á nadie, escepto á los chiquillos.

— Os aseguro, mistress Mucklebackit, que es una muger cuya presencia me impone. ¿Estais bien segura de ella? Se dice que no va jamas á la iglesia, y que no habla siquiera al ministro: se sabe que era papista antiguamente, pero desde la muerte de su marido nadie sabe lo que es. Acaso acertaríamos tomandola por bruja.

— ¡Por bruja! ¡que disparate! lo propio que las otras viejas, si se esceptua sin embargo á Alison Breck, que de esta no me atrevo á responder. La he visto varias veces volver con su cesto lleno de cangrejos, cuando las demas...

— ¡Chito, Maggia, silencio! vuestra madre no ha concluido todavia.

— ¿No acaba de decir alguno, replicó la vieja Elspeth, que Joscelinda lady Glenallan es muerta y enterrada? ¿lo he soñado yo, ó es acaso alguna revelacion que se me ha hecho?

— Sí, madre mia, gritó Maggia; es muerta.

— ¡Oh! no debe considerarse este accidente como una desgracia. ¡Causó ella tantos males durante su vida, y hasta á su propio hijo!... ¿Vive todavia?

— Sí, por cierto; pero ¿vivirá mucho tiempo? esto es otra cosa. ¿No os acordais que vino á veros la primavera última, por señas que os dió algun dinero?

— Es muy posible, Maggia, pero no lo tengo presente. Era un guapo muchacho en su juventud, como lo fué su padre en la suya. ¡Ah! si este hubiese vivido, otro gallo le cantara; pero murió, y ejerciendo la madre sobre él una autoridad ilimitada, le hizo creer y hacer todo lo opuesto de lo que debia, de lo que el infeliz se ha arrepentido muchas veces, y llorará continuamente su yerro, aunque viva tanto como la vieja Elspeth.

— ¿Como, abuela? — hablad, mamá; — ¿por que, Elspeth? gritaron á un mismo tiempo tres ó cuatro niños, su madre y Jenny Rintherout.

— No me lo preguntéis, pero rogad á Dios que no os abandone al orgullo y á la terquedad de vuestro corazon. Estas malas calidades pueden hallarse tanto en una cabaña como en un castillo; yo lo sé por esperiencia. ¡Oh! ¡que noche tan terrible y espantosa! jamas, jamas se borrará de mi memoria. ¡Verla tendida en la arena, goteando de sus largos cabellos el agua del mar!..... La venganza del cielo perseguirá á todos los cómplices. — ¿Como es eso? ¿mi hijo ha salido con el viento que hace?

— No, madre mia, no hay barca que pueda resistir á un tiempo como este; se ha acostado ya.

— ¿Luego Steenie está en tierra?

— Sí, abuela, dijo la hija mayor; Steenie ha salido con el viejo mendigo Edie Ochiltrie, acaso han ido á ver el entierro.

— Esto no es posible, dijo la madre; lo hemos sabido despues que ellos se fuéron, cuando John Rand ha venido á decirnos que Ringan Aikwood habia recibido órden de asistir. Ya sabeis que los papistas no gustan de dar tanta publicidad á las ceremonias. Esta noche deben llevar á la difunta en solemne procesion desde el castillo de Glenallan á las ruinas de San Ruth, que distan diez millas. Diez dias hace que la condesa está de cuerpo

presente en un salon todo enlutado é iluminado con cirios.

— ¡Dios la haya perdonado! dijo Elspeth que no podia quitarse de la cabeza al parecer la muerte de la condesa de Glenallan. Era mucha la dureza de su corazon, pero ha ido á dar cuenta á un Dios de bondad cuya misericordia es infinita.... ¡Pueda encontrar en él toda la que ha menester! — Bajó entónces la cabeza, y no habló mas en todo el resto de la noche.

— No comprendo que es lo que tienen que hacer fuera de casa en una noche como esta Steenie y el viejo mendigo, dijo mistress Mucklebackit. Jenny Rintherout no mostró menos sorpresa que ella.

— Que uno de vosotros suba á la roca, dijo la madre dirigiendose á sus hijos, y que grite bien fuerte para que despachen, si acaso estan por allí cerca: nuestras tortas de harina de cebada se quemarán.

El niño mayor salió para cumplir las órdenes de su madre, pero volvió corriendo al cabo de algunos minutos, gritando: — Mamá, abuela, hay en el valle un espíritu blanco que corre detras de dos espíritus negros.

Este singular anuncio fué seguido casi inmediatamente del ruido de los pasos de alguna persona que llegaba; y Steenie Mucklebackit, acompañado de Ochiltrie, pudiendo apénas

resollar los dos, entraron precipitadamente en la cabaña. El primer cuidado de Steenie fué cerrar bien la puerta, y buscar una gran barra de madera que servia á veces para asegurarla.

— ¿Has olvidado, le dijo su madre, que la quemámos tres años hace, cuando aquel invierno tan rigoroso? ¿Gente como nosotros necesita acaso cerrar la puerta?

— Nadie nos persigue, dijo el mendigo; somos como los malvados que huyen de su misma sombra.

— Yo digo y repito, respondió Steenie, que hemos sido perseguidos por algun espíritu ú otra cosa que no vale mucho mas.

— Os engañais, era un hombre á caballo, dijo Ochiltrie; estoy seguro de ello, y nos hubiera alcanzado, á no hundirse cada vez mas el animal en un terreno húmedo y pantanoso. ¡Como hemos corrido! nadie diria sino que nos hallábamos en Preston-Pans (1).

— ¡Buen par de locos! dijo Maggia, era seguramente alguno que venia del entierro de la condesa.

— ¡Como! ¿esta noche han enterrado á la condesa en San Ruth? exclamó Ochiltrie. He

(1) La fuga de los Ingleses en la batalla de este nombre pasó á ser proverbio.

aquí pues la causa del ruido y de las luces que tanto nos han asustado. A saberlo, no me meneara de allí, ni dejara abandonado al amigo. Habeis cargado un poco la mano, Steenie, no sé si podré contarlo.

— No os dé cuidado, tiene buenas espaldas, no he hecho mas que tomarle la medida con el palo. ¿Habeis olvidado ya que sin mi auxilio tal vez á estas horas ya estaríais patas arriba?

— Pues bien, si puedo escapar sano y salvo de esta chamusquina, será la última vez que tiente á la Providencia. Sin embargo, no creo que haya gran daño en jugar una pieza semejante á un ladron vagamundo que solo vive de engañar á la gente honrada.

— ¿Y que harémos ahora de esto? dijo Steenie sacando una cartera.

— ¡Qué veo! ¡valgame Dios! exclamó Edie con tono de sobresalto: ¿como para esta cartera en vuestras manos? Steenie, ¿sabeis que no se necesita mas que una sola hoja para que nos manden ahorcar á los dos?

— Presumo que le ha caído de la faltriquera mientras yo le sacudia el polvo. La he visto al tiempo de bajarme para levantarle, y la he recogido temiendo que no se perdiese en las tinieblas, para volversela despues; pero como luego ha sonado ruido al parecer de ca-

ballos, y vos habeis gritado: — ¡Partamos! no he pensado mas con ella.

— No hay remedio, es preciso volversela de un modo ú otro. Creo que lo mejor será encargarsela á Ringan Aikwood; convendrá que le veais al amanecer, no quisiera por cien libras que esta cartera se hallase en nuestras manos.

Steenie le dió palabra de ir, quedando á su cargo el desempeño de esta comision.

— Parece que ha pasado vm. la noche muy divertida, señor Steenie, dijo Jenny Rintherout, disgustada de no haber llamado mas pronto la atencion del jóven pescador, y deseosa de que notase á lo menos su presencia: cierto, muy divertida, saliendo á paseo en compañía de vagamundos, y haciendose perseguir por espíritus, cuando deberia vm. estar bien metidito en la cama como su buen padre.

El jóven pescador respondió á la niña con las chuscadas rústicas de su estado, y se empezó un ataque general contra las tortas de harina de cebada y los arenques ahumados, que se reforzaron con un par de pucheros de *two-penny* (1) y una botella de gin. Terminada la comida, el mendigo fué á echarse á la

(1) Cerveza flaca ó cervecilla.

paja en una especie de choza contigua; los chiquillos se habian apoderado de sus camas uno tras otro, y se colocó á la abuela en su colchon de lana. Steenie, á pesar de la fatiga que habia experimentado, quiso escoltar á Jenny Rintherout hasta á Monkarns, y la historia no dice á que hora volvió. La dueña de la casa, despues de haber apagado el fuego de la chimenea y restablecido algun orden en el cuarto, fué la última que se acostó:

